

Y que el llanto que vierten los buenos,
De este siglo oprimidos injusto,
A las penas mezclado del justo
Prenda sea de eterno placer.

Febrero 25 de 1842.

ESPEJO DE LOS POETAS

EPIGRAMA

TRÁDUCIDO DE BALOCHI

Homero en la tumba yerta
Siete madres encontró,
Mas en vida se le vió
Mendigar de puerta en puerta.

FRAGMENTOS

NUÑO ALMAZAN

CUENTO MEJICANO DEL SIGLO XVII

DIVIDIDO EN TRES PARTES

No están tan flacos los pechos,
Ni tan sin vigor los brazos,
Ni tan sin sangre las venas,
Que consientan tal agravio.
Romancero.

PARTE PRIMERA

Por tierra de Elicura son bajados
Catorce valentísimos guerreros;
De corazas finísimas armados,
Sobre caballos prestos y ligeros.
ERCILLA.

De entrada oscura y abertura extraña,
De negro hollin, herrumbre y lamas llena,
Una espantosa cueva se descubre,
Que el cielo y mar con humo altera y cubre.
BULBUENA: El Bernardo.

1

Delicioso volcan, tu altiva cumbre,
De empedernidos hielos coronada,
Reproduce del sol la clara lumbre
Y en el cielo se mira dibujada.

Cediendo á su vejez y pesadumbre
Le hundieron en el seno de la nada
Ciudades y naciones opulentas,
Y aún tú, sereno, magestad ostentas.

2

¡Oh! Popocatepetl, fuerte coloso,
Que en medio del Anáhuac te levantas,
Tocando con tu cima el sol radioso
Y populosos pueblos con tus plantas,
Yo te saludo : con tu aspecto hermoso
Los pesares de mi ánima quebrantas.
Cuando tras tí se eleva el astro ardiente,
Buscan mis ojos tu nevada frente.

3

Tú viste á los Aztecas poderosos
Humillar á sus piés varias naciones :
Valientes, aguerridos, generosos,
No conocer pavor sus corazones.
Pero los viste luego temblorosos
Soltar los Mejicanos pabellones,
Del cañon y mosquetes al amago
Y de las balas al sangriento estrago.

4

Uno entre ellos clamó : “ ¡ Muerte al tirano ! ”
En la diestra blandiendo la cuchilla ;
Á su voz se levanta el Mejicano,
Despertando del sueño que lo humilla.
Vuelan las flechas, y el feroz Hispano
El pendon ya rendia de Castilla,
Cuando ; oh dolor ! el jóven valeroso
Cae en poder del tigre sanguinoso.

5

Magestuosa mole, tú le viste
Morir imperturbable en una hoguera,
Y tú miraste al Mejicano triste
Bajo el filo espirar de espada fiera :
Y ahora ves que apénas ya resiste
Á discordia sin fin, que por do quiera
El seno de mi patria desdichada
Inclemente destroza y anonada.

6

Asombroso prodigio de natura,
Volcan sublime, cuando ya contaba
Abriles doce, tu espantosa altura
Por vez primera atónito miraba.
Nueve estíos del sol la lumbre pura
He visto que tus hielos liquidaba,
Y no cesan mis ojos de mirarte,
Y mi labio no cesa de ensalzarte.

7

Si en mi edad juvenil la muerte fiera
No me sumerge en el sepulcro frio,
Y convierte mi negra cabellera
En blanca, cuál tu cima, el tiempo impio,
Recordaré mi juventud primera
Al mirar tu beldad, y el llanto mio
Por mis padres y amigos, al instante
Rodará por las rugas del semblante.

8

Mis delicias veré como presentes,
Mis desgracias tambien, y consternado,

Entre gemidos tristes y dolientes,
Recorrerá mi mente lo pasado.
Veránme las estrellas relucientes
Ante tu inmensa mole prosternado,
Y al brillar en tu cumbre el claro día
Veráme el sol postrado todavía.

9

Mas ahora á mi mente se presenta
De un infeliz la desdichada historia. —
Presenciaste su vida turbulenta,
Su virtud digna de renombre y gloria.
Pero el tiempo veloz, que todo ahuyenta,
Apénas ha dejado su memoria.
Dos siglos ha que apareció en el mundo
Y del caos hundióse en lo profundo.

10

El sol al occidente ya escondia
Sus rayos moribundos y sangrientos;
Á su morada el labrador volvia
Empapado en sudor y á pasos lentos;
El pastor su ganado recogia
De su guitarra uniendo los acentos
Á una cancion humilde, que indicaba
Nemoroso no ser el que cantaba.

11

Salvando honduras y trepando peñas
Un pobre labrador allá aparece :
Ya entre riscos se pierde, ya entre breñas,
Ó poco á poco tras las rocas crece ;
De un rústico infeliz da claras señas
El vestido que el cuerpo le guarnece.

Silba unas veces, ó la voz levanta
Y una ruda tonada acaso canta.

12

En una roca á descansar se asienta ;
Y un suspiro se escapa de su pecho.
Aún quizá el infeliz no se alimenta,
Y donde reposar no tiene lecho.
Alza la vista compasada y lenta,
Y un palacio descubre á poco trecho :
Habita en él un conde poderoso,
Y pudiera tal vez darle reposo.

13

¿ Pero cómo á sus puertas acercarse,
Si hay riesgo de ser preso y maltratado ?
Miseró del que llegué á adelantarse
Á ese palacio fuerte y elevado :
Se viera luego de él apoderarse
Á un hombre empedernido y desalmado,
Y en pena de su necio atrevimiento
Sufrir duro baldon, fiero tormento.

14

Dicen que el conde arrebató una hermosa
Á su padre y amante, y que la tiene
Aprisionada en cárcel tenebrosa,
Y á la infeliz con pan sólo mantiene.
El padre con la pena tormentosa
Murió ; ¡ infeliz ! mas el amante viene
Algunas veces, y el palacio mira
Y por su Blanca de dolor suspira.

15

Nuño Almazan se llama el fiel amante,
Y de gente ha juntado una cuadrilla.
¡ Ay del conde feroz ! Amenazante
En su pecho ya luce la cuchilla.
La sangre de sus venas humeante
Ha de lavar del jóven la mancilla :
Así sobre su espada, despechado,
Ante sus compañeros lo ha jurado.

16

Órden el conde dió de que ninguno
Á su fuerte palacio se acercara
Sin que al instante de sus siervos uno
Su loco atrevimiento castigara. —
No quiere el labrador ser importuno,
Si no al palacio vil se adelantara ;
Su deseo se advierte claramente
En la mirada que le arroja ardiente.

17

Súbito se levanta acelerado
Y dirige sus pasos adelante :
Da en tierra con el pié, desesperado,
Y la rabia se pinta en su semblante.
Empero al fin parece resignado
Y se asienta despues de un corto instante.
De calma el rostro suyo se revisté,
Y entona luego este romance triste.

1

Las balas silbando los aires encienden
Se aprestan los arcos, retumba el cañon :

Las víctimas cubren la tierra y los muros...
De muerte do quiera se escucha el clamor.

2

El templo, el palacio sangrientos se miran,
El cielo se cubre de rojo color ;
Sangrientos espiran ancianos y niños :
Un lago de sangre la tierra inundó.

3

El fuego violento las casas consume,
Retiembla la tierra del trueno al fragor.
Escombros, y ruinas, y muertos, y sangre
Descubre la vista del rey Guatimoc.

4

Su faz se entristece, sus ojos se anublan,
Su pecho se cubre de luto y de horror ;
Al ver destruida su patria opulenta
De llanto un torrente su rostro bañó.

5

Mas luego levanta el rostro abatido,
Y vuela, y se lanza cuál fiero leon :
Su diestra terrible la muerte derrama.
Y tiembla á su aspecto el rudo Español

6

¿ A dó te conducen, heróico guerrero,
Tu fuerza inaudita, tu ardiente valor ?
¿ No miras la hoguera que ya resplandece ?
¿ No ves cual sonrie el tigre feroz ?

7

Mas nunca se abate tu alma sublime,
Jamás al peligro tu alma tembló. —
Pusiste, sereno, los piés en la hoguera
Y el mundo asombrado morir te miró.

18

Del labrador los ojos se inflamaron
Y en sus mejillas el ardor se vía,
Sus encendidos labios retemblaron
Y su alarmado corazón latía ;
De Guatimoc los hechos se elevaron
En su rústica, ardiente fantasía :
Así el recuerdo de hombres valerosos
Hasta á ruines hace generosos.

19

El infeliz se alzó pesadamente,
Hacia el bosque tomando su camino ;
Inclinados los ojos y la frente,
Cuál si pensase en su feroz destino. —
Negra estaba la noche, y la luciente
Luna ocultaba su esplendor divino :
Pavorosos temores infundian
Los vientos que los árboles mecían.

20

Pocos pasos apenas dado habia,
Cuando una luz apareció á lo léjos,
Que inconstante y ligera removía
Sus rayos amarillos y bermejos ;
Luégo un caballo relinchar se oía ;

Y á los violentos, pálidos reflejos
De un relámpago mira que se acerca
Una cuadrilla á quien el polvo cerca.

21

¿ Son por ventura de Almazan parciales
Que rondan el palacio poderoso ?
¿ O tal vez pasajeros que en breñales
El camino perdieron anchuroso ?
¿ Ó salteadores son, que en peñascales
Se ocultan mientras luce el sol radioso ?
Nuestro hombre los espera sin turbarse
Y aún pretende á do vienen acercarse.

22

Á un infeliz como él nada le asusta,
Ni nunca teme á fieros salteadores :
Único privilegio que la injusta
Suerte deja á quien priva de favores ;
Al opulento todo le disgusta,
Y está su vida llena de temores :
Tiembla al silbido del ligero viento,
Y tiembla al escuchar su propio aliento.

23

Se acercaron con pasos presurosos
Como treinta guerreros bien armados,
En caballos ligeros y fogosos,
Con rica esplendidez enjaezados.
Al labrador llegaron enojosos,
Al punto que le ven por todos lados
Mosquetes pesadísimos le apuntan,
Y á su espalda y su pecho espadas juntan.

24

Uno le acerca al rostro la linterna
Y de piés á cabeza le examina :
Ya detiene la luz en una pierna,
Ya á la espalda y al cuello la encamina,
Ya le toca con mano poco tierna
Y otra vez todo el cuerpo le ilumina ;
Al fin cansado ya de atormentarle
Resolvió murmurando abandonarle.

25

El infeliz en tanto nada hacia.
Ni una sola palabra articulaba ;
No más que la cabeza removía
Si el examinador la levantaba ;
Estatua puesta en venta parecía,
La posicion tal era que guardaba.
Los hombres á su vez lo examinaron
Y unos á otros despues se consultaron.

26

Al cabo uno le habló con voz de trueno
El que hacia de jefe quizas era :
— “ ¿ Por qué á esta hora en el oscuro seno
De este bosque te encuentro en tal manera ? ”
El infeliz le respondió sereno :
— “ Despues de trabajar la sementera,
(Porque soy labrador) fui á mi morada,
Y.... ¡ señor! la encontré toda abrasada. ”

27

“ Nuño Almazan llegó con su cuadrilla
Segun unos pastores me informaron,

Y por yo haber tenido una rencilla
Con uno de su gente, se vengaron :
Á mis perros pasaron á cuchilla
Y mi cabaña fieros incendiaron,
Dejando dicho á todos los que vian
Que con el conde al cabo aquello harian.”

28

“Yo familia no tengo, por fortuna,
Que si no ¡ desdichada de mi suerte!
Cansado de mi vida harto importuna
Desesperado me daría la muerte.
No me queda esperanza ya ninguna
De hallar alivio á mi desdicha fuerte ;
Pero cristiano soy, y valor tengo,
Y con firmeza mi penar sostengo.”

29

“ Despues de ver mi choza devastada,
Y despues de llorar sobre su ruina,
De un amigo que me ama á la morada
Del destino la fuerza me encamina :
En ella encontraré dulce posada,
Y esperaré del sol la luz divina
Para dejar al punto estos parajes
Donde hallo solo bárbaros ultrajes.”

30

Al decir esto calla, y sobre el pecho
Pensativo los brazos reposando,
Hondo suspiro arroja de despecho
En la tierra los ojos enclavando.
El que de jefe hacia, largo trecho
Con gravedad estuvo meditando ;

Hasta que al fin al rústico infelice
Con fuerte voz estas palabras dice:

31

“Del conde poderoso soy criado,
Y Andres Olalla y Tarancon me nombro.
Para buscar á Nuño me han mandado
Reconocer hasta el menor escombro.
El vil con sus infamias ha llenado
La Nueva España de terror y asombro ;
Y ha deseado el conde muerto verle
Y acompañado vengo á obedecerle.”

32

“Mas de este tigre ignoro la guarida
Y jamas he mirado su semblante ;
Si esto no fuera, ya de su partida
Á los infiernos llegaria al instante.
Si sabes tú el lugar de su manida
Guíanos y pasemos adelante,
Que si logramos atrapar la fiera
Una gran recompensa nos espera.”

33

— “Estoy pronto en serviros al momento,
Á Andres Olalla el labrador responde,
Y de mi celo quedará contento,
Si no me engaño, el generoso conde.
Favorecer yo puedo vuestro intento,
Pues sé donde ese pérfido se esconde.
Un caballo mandad al punto darme
Que ya muero en deseos de vengarme.”

34

Uno pasó á las ancas del caballo,
Y que montase al labrador indica,
Este lo ejecutó sin retardallo
Y al corcel con la espuela luego pica.
Que sabe con destreza manejallo
En conducirle su ademan publica :
Don que la franca mano del destino
Concedió al Mejicano campesino.

35

Cuál se oyen á lo léjos, de un torrente,
Las aguas sobre rocas despeñadas,
Así el rumor se escucha de la gente
Y el choque de sus armas aceradas ;
Mitigándose va pausadamente
El ruido de voces y pisadas,
Y piérdense por fin entre el ramaje
De los árboles gruesos del bosque.

36

Blancas y negras nubes encubrian
La dilatada bóveda del cielo,
É impelidas del viento recorrian
El éter, destrozando el denso velo ;
Relámpagos ligeros relucian
Rápidos alumbrando el triste suelo ;
Y como del cañon las balas zumban
Así las nubes con fragor retumban.

37

Como en sala oscurísima se mira
Lámpara solitaria y moribunda,

Cuya trémula luz débil espira
O las paredes de claror inunda ;
Así asoma el relámpago ó retira
Sus resplandores en la mar profunda
De la esfera celeste, que irritada
Amenaza á la tierra consternada.

38

Se percibe una faja hácia el Levante
Blanca y azul, y larga y anchurosa,
Como ve desde un monte el caminante
De sí lejana una laguna undosa ;
Pero las nubes en veloz instante
De oscuridad la cubren tenebrosa,
Como al bajar el hombre á la llanura
Desparece del lago la hermosura.

39

Pocas gotas el cielo arroja apénas
De sus torrentes de aguas, que bramando
Vagan como el leon entre cadenas
Que por saciar su furia está ansiando ;
Así un hombre agobiado por las penas
En cuyos ojos vese ya brotando
De lágrimas un rio, sólo arroja
Una que su mejilla ardiente moja.

40

Los hombres caminaron silenciosos
Largos tiempo entre cardos, magueyales,
Gruesas encinas, álamos frondosos,
Y cedros elevados, y nopales ;
Subieron varias cuestas fatigosos
Tropezando con yerbas y zarzales ;

Y una luz entre peñas descubrieron
Y á ella sin más tardar se dirigieron.

41

En la falda anchurosa y dilatada
Del Popocatepetl, entre las peñas
Miraron una gruta circundada
De verdes pinos y de rudas breñas ;
La embocadura estaba tapizada
De secas ramas y espinosas greñas ;
Y en las punzantes rocas se veian
Grietas que musgo y yerba producian.

42

De aves nocturnas y de lobos pardos
Guarida impenetrable se juzgara,
Si allá en el fondo de resecos cardos
La llama tronadora no se alzara,
Y si una percha con grasosos lardos,
Y frutas y tocinos no colgara
De las peñas salientes y picudas,
Y de toscas estacas puntiagudas.

43

En silencio los hombres se acercaron,
Mostrando en sus semblantes el contento :
Pronto de los corceles se apearon,
Y ya de entrar esperan el momento ;
Sus espadas veloces desnudaron
Con ademan feroz, mirar sangriento,
Que parecen clamar : “ ¡ Muerte queremos,
Y en muerte y destruccion nos cebarémos, ”

44

—“ Cada cual debe recordar que es hombre,
Dice en voz baja Hipólito Ortiguilla.
(Porque del labrador este es el nombre,
Segun lo dijo él mismo á la cuadrilla.)
Ninguno se acobarde ni aún se asombre
Al ver ante su pecho la cuchilla ;
Que nos harán sin duda resistencia,
Y es probable que no usen de clemencia.”

45

“¡ Ni la tendremos!” todos exclamando
Entran precipitados en la cueva :
El interior ansiosos registrando
Latiente el corazon cada uno lleva.
Parecen toros que al redil entrando
Buscan feroces al que audaz se atreva
Ante su ardiente vista presentarse
Para, llenos de rabia, en él cebarse.

46

¿ Mas qué vieron aquellos que esperaban
Hallar encarnizada resistencia ?
¿Á quienes dar la muerte que pensaban
Sangre vertiendo sin usar clemencia ?
De furor y de cólera bramaban
Por encontrar burlada su creencia,
Pues que sólo miraron con despecho
Un hombre adormecido en pobre lecho.

47

De las armas y voces al estruendo
El infeliz se levantó azorado,

Y tanta gente ante su vista viendo
Quedó atónito, trémulo, espantado.
Empero sobre sí luégo volviendo
Un mosquete tomó precipitado,
Y con semblante incómodo y sombrío
Les tiende el arma con denuedo y brio.

48

Así vese correr lobo robusto
Seguido de hombres y fornidos canes,
Do esconderse buscar lleno de susto
Y de nada servire sus afanes ;
Mas de repente vuélvese, y adusto
Presentando en sus ojos dos volcanes,
Muestra sus dientes, ruga, y pateando
Su boca ardiente espuma está arrojando ;

49.

Y así como los canes sorprendidos
Se paran indecisos, temerosos,
Arrojando no más vanos ladridos
En vez de al lobo destroz ar furiosos ;
Unos á otros los hombres confundidos
Se ven, petrificados, silenciosos,
Y en vil temor trocando su arrogancia
Salir desean de la ruda estancia.

50

El hombre su inaccion aprovechando,
Mueve la vista hácia su dura cama
Cuyas tablas veloz arrebatando
Las arroja con ímpetu en las llamas.
Con su peso la hoguera sofocando
Muere la lumbre que la leña inflama,

Y queda en negra oscuridad la gente
Maldiciendo su audacia impertinente.

51

De la linterna al resplandor escaso
Miran abrir una pequeña puerta,
Que al resto de la cueva daba paso,
Y que estaba con ramas encubierta.
Á tan extraño é imprevisto acaso
En sus venas la sangre quedó yerta,
Y con asombro ven de sí delante
Doce hombres presentarse en un instante.

52

Los cuales en silencio arremetieron
Del conde poderoso á los criados;
Veloces éstos con vileza huyeron
Confusos, temblorosos, espantados:
Sólo dos en la cueva perecieron;
Los demas por el campo dispersados
Acosan sus corceles con la espuela,
Y cada cual no corre, sino vuela.

53

Así en florido y delicioso llano
Pace el ganado en grande muchedumbre,
Cuando oye rebramar el trueno vano,
Ardiendo el cielo en repentina lumbre;
Entónces, lleno de temor insano,
Trepas las rocas, la elevada cumbre
De los ásperos montes, y corriendo
El río salva y precipicio horrendo.

54

Al mirar del palacio las almenas
Olalla se detuvo entristecido.
—“ Te he de ver, dijo, al fin entre cadenas
Vil, y feroz, y bárbaro bandido;
Me pagarás, oh pérfido, las penas
Que me has causado... te veré rendido
Y trémulo á mis piés, perverso Nuño,
Y en tí mi espada meteré hasta el puño.”

55

Y volviendo á su gente tembloroso
De cólera y furor, y echando espuma:
“Juradme, amigos, no buscar reposo
Hasta que mi venganza se consuma.
Nos hizo huir ese traidor, raposo,
Y de vergüenza y deshonor me abruma.
Y ví morir á dos; tambien muramos
; Jurad morir cuál hombres! — ¡ Lo juramos!

56

—“ ¡ Yo lo juro tambien, y mi cabeza
Si no venzo será de tu cuchilla!”
Dijo una voz allá entre la máleza,
Y se presenta Hipólito Orteguilla:
Continuó: “ Vencerémos la fiereza
De ese bárbaro; á mí tambien me humilla
Esta derrota donde infamia hallamos.
Jurad venganza eterna! — La juramos!!!”

Mayo 12 de 1837.